

HISTORIA DE LA HOMEOPATIA

La homeopatía es un sistema médico terapéutico. El término homeopatía procede del griego: homeo=semejante y pathos=sufrimiento, enfermedad. Es decir curación por el semejante (semejante a la causa que produce la enfermedad). El principio de la similitud en el que se basa la homeopatía no es nuevo. En distintas épocas de la historia fue enunciado y practicado.

Hipócrates, nacido en la isla de Cos en el año 460 a de J.C, despojó a la medicina , de todas sus supersticiones y enseñó a observar al enfermo para deducir el valor relativo de sus síntomas y hacer el diagnóstico y pronóstico de las enfermedades.

Proclamó la energía curativa del organismo como el principal elemento en la lucha contra la enfermedad.

En la MTC la energía tiene rango de ciencia energética y dinámica, esencial para mantener el buen estado de la salud, su desequilibrio puede ser causa de diversas enfermedades, es decir que los médicos chinos acupuntores, milenios antes, ya se puede decir que se habían anticipado a lo que milenios después fuese la base para el estudio de la homeopatía.

En el libro I de MTC del Dr. Nguyen Van Nghi se escribe: La importancia primordial del equilibrio INN-YAN en todos los fenómenos vitales y en todos los procesos de adaptación del ser viviente a su entorno; así como la autorregulación del organismo humano y la subordinación de todas sus partes en conjunto. E o al Hipócrates, observó también la relación existente entre el hombre y la naturaleza, semejante a la que se dijo milenios anteriormente en el SO WEN: “ El hombre depende y responde al Cielo y la Tierra “.

Hay una frase de Hipócrates que sintetiza ambas teorías: “ La naturaleza es el primer médico y no es sino favoreciendo sus esfuerzos, como nosotros logramos algunos éxitos”. Y colaboraba con la naturaleza para curar algunos enfermos, con medios simples y naturales: régimen alimenticio, tisanas, vino, purgantes, aire puro, masajes, hidroterapia, etc. En diversos pasajes de sus obras vemos expresado el principio de la similitud. Cita por ejemplo, el caso de una diarrea colérica curada con eléboro. En otro párrafo dice: por el similar la enfermedad se desarrolla y por el empleo de lo similar, la enfermedad es curada. Expone también el principio del contrario, indicando que, según sea la naturaleza de la enfermedad, esta será tratada de acuerdo al contrarium o al similimum.

Posteriormente estas enseñanzas fueron relegadas durante siglos, continuando la medicina por la senda marcada por Galeno, verdadero padre de la medicina actual, que propagó junto sus aciertos, grandes y numerosísimos errores. Su terapéutica consistía en combatir la causa principal del mal con su contrario: contraris curantur.

En el siglo XV, Paracelso, médico y alquimista, nacido en una aldea de Suiza, se percató del grado de estancamiento en que estaba sumida la medicina. Dícese que hizo quemar (en su etapa de profesor en la Universidad de Basilea) las obras de Galeno y Avicena. La enunciación de sus principios, basados en la simplicidad de los medicamentos y en la pequeñez de las dosis le granjearon la enemistad de los médicos y de los boticarios, dificultándole seriamente el ejercicio de su profesión. Dejó escritas las siguientes palabras: “ Me expulsaron de Lituania, luego de Prusia y Polonia: no agradé a los holandeses ni fui bien acogido por las universidades, ni por los judíos ni por los monjes. Doy, sin embargo, gracias a Dios por haber

agradado a los enfermos.” Paracelso fue el creador de la química y enunció con claridad el principio de la similitud, así como la inutilidad del diagnóstico nosológico con vistas al tratamiento, indicando la necesidad de nombrar las enfermedades con el nombre del remedio que las cura y el valor de las dosis extremadamente pequeñas.

Alguno más merecería ser citado en el camino hacia la homeopatía, pero es Hahnemann el que la consolida como cuerpo de doctrina.

Nace Samuel Hahnemann, en 1755 en Meisser, pequeña ciudad de Sajonia, hijo de un pintor de porcelana, muy estimado por su arte entre los grandes señores de la religión cristiana-luterana. Su madre era hija de un capitán del Duque de Sajonia Weimar.

La guerra de los siete años arruina la industria de la porcelana y el pequeño Samuel es retirado de la escuela y empleado en una tienda.

Da muestras de una aguda inteligencia y de dotes extraordinarias para el aprendizaje de lenguas extranjeras y su madre le consigue una beca del Rey en la aristocrática escuela de Saint Afra, donde su actividad se le hace difícil, debido a su origen plebeyo.

Estudia medicina con gran ambición científica y aprovechamiento.

Prosigue sus estudios en la Universidad de Leipzig, donde hace traducciones para costearse sus estudios, y posteriormente en la Universidad de Viena. Ingresó en el Hospital de los Hermanos de la Merced, bajo la tutela del Dr. Querin, médico de la Emperatriz María Teresa. Este le propone una vez graduado, como médico del Gobernador de Transilvania, cargo que desempeña durante dos años.

Este cargo colma sus ambiciones materiales, pero no las científicas y asistenciales, por lo que renuncia a él y ejerce en una pequeña aldea de Sajonia (Hesttedt), próxima a las minas de cobre, plomo y zinc, lo que le induce al estudio de los efectos de estos metales en el organismo humano.

Antes de un año se traslada a Dessau. Aquí reside en la farmacia del Moro, donde aprende todas las técnicas galénicas de su tiempo. Dos años después se casa con la hijastra del dueño.

Posteriormente, ejerce en Gommern, donde continúa sus estudios de farmacia y publica el Lexicon del Farmacéutico.

Continúa trasladándose de residencia, cada vez más decepcionado por los resultados de la Medicina oficial. Hasta tal punto se decepciona y teme los perjuicios que con frecuencia se ocasiona a los enfermos con los métodos terapéuticos en uso, que abandona el ejercicio de la Medicina y recurre de nuevo a hacer traducciones para mantener a su numerosa familia.

En 1790 trabaja en la traducción de la materia médica de Cullen (Escocés), en la que el autor dedica un importante capítulo a las cualidades de la corteza de quina, del Perú (llamada chinchona, por haber conseguido una notable curación en la condesa de Chinchón, esposa del Virrey del Perú). Le llaman la atención unas afirmaciones con las que no está de acuerdo y decide experimentar en sí mismo. Describe los síntomas que la ingestión de esta sustancia desencadena y llega a la conclusión que eran los mismos que los de las fiebres intermitentes. Es decir, la quina producía los mismos síntomas que los de la enfermedad que ella misma curaba.

Siguió experimentando con todas las sustancias terapéuticas conocidas y comprobó que este comportamiento se repetía.

Llegó también a la conclusión de que la experimentación había que hacerla en personas sanas y había que utilizar dosis lo suficientemente pequeñas para que no perjudiquen. Más adelante llegaría a las dosis infinitesimales y a la dinamización.

En 1796 publica un “ Ensayo sobre un nuevo principio para descubrir el poder curativo de las drogas”, donde quedan esbozadas las bases de la homeopatía, y, en 1810, el “ Organón del arte de curar” máximo tratado sobre doctrina homeopática, que todavía se estudia con interés y provecho.

A partir de este momento la vida de Hahnemann fue un continuo peregrinar de ciudad en ciudad, en la que se iba enfrentando con médicos y farmacéuticos, que pronto rechazaban sus métodos.

Cuando contaba 80 años, enviudó y se volvió a casar con una mujer de 30, de una noble familia de París, a la que había curado de tuberculosis.

Se establece en París, donde alcanza un rápido éxito entre los pacientes y una paralela animadversión de los profesionales sanitarios, que culmina con la expulsión de la Academia de Medicina, pese al apoyo recibido por el ministro Guizot, que escribe a la Academia una carta histórica y siempre actual: “Hahnemann es un sabio de gran mérito. La ciencia debe ser para todos. Si la Homeopatía es una quimera o un sistema sin valor propio, caerá por sí misma. Si, por el contrario, un progreso, se extenderá a pesar de todas nuestras medidas preventivas y la Academia debe desearlo antes que nadie, pues ella tiene la misión de hacer avanzar la ciencia y de alentar sus descubrimientos”.

Así quedó consagrada la Homeopatía en París, extendiéndose posteriormente por todo el mundo.

Hahnemann siguió trabajando en París y murió en 1843.

En España siguió un desarrollo paralelo al del resto los países de su entorno, hasta la Guerra Civil, en que prácticamente se proscribió, y, actualmente estamos asistiendo a un impetuoso resurgir. Impetuoso, pero desordenado, como ocurre con cualquier organismo en crecimiento que no solamente no disponga de un órgano rector y mecanismos reguladores, sino que tiene que crecer luchando contra condiciones hostiles.

La Homeopatía está abocada a conseguir el éxito que lleva implícito su propio método Homeopático, pero es necesario que los profesionales que la practiquen estén bien formados y que la enfoquen con visión de futuro, estudiando sus problemas en el marco de la Ciencia actual, sin perder nunca de vista sus orígenes y las enseñanzas del Maestro, para no caer en el error de la “ alopatización de la Homeopatía”.

Para comprender la Homeopatía no basta saber sus principios, hay que partir del concepto de enfermedad que asumía Hahnemann.

La enfermedad no es el trastorno, funcional o anatómico de tal o cual órgano, esto no es más que la consecuencia de la enfermedad.

Para Hahnemann, la verdadera enfermedad comienza con el desarreglo de la “fuerza vital” o energía que anima a los seres y dirige sus actividades.

Esta energía vital mantiene el orden y la armonía funcional, indispensable para que exista el estado de salud perfecto. Cuando esta fuerza vital se altera, se originan los trastornos funcionales, seguidos más tarde por las modificaciones de los tejidos. Puede existir un tiempo largo durante el cual no encontramos más que dicho desarreglo de la fuerza vital: es el estado prelesional de la enfermedad.

Las enfermedades locales son expresiones de este desorden dinámico. Si se corrigen sin preocuparse de corregir el desorden, se habrá eliminado la lesión

orgánica, pero no se habrá curado al enfermo, cuya fuerza vital sigue desviada y provocará más tarde nuevas enfermedades.

Este concepto de enfermedad nos explica muchos hechos de observación habitual, cuales son las curaciones aparentes de diversas enfermedades, con tratamientos sintomáticos, con los cuales aparecen después las recidivas, las alternancias morbosas y las enfermedades crónicas.

Nos lleva a considerar también, la inutilidad de empeñarnos a ultranza en llegar a conocer detalles anatómicos o funcionales para saber cual es la causa de un determinado desorden de la salud, sin tener en cuenta que por más que profundidad que alcancemos en la percepción de éstos, siempre serán consecuencias y no causas de la enfermedad, sino del desorden primario de la "fuerza vital".

Esta desorden de la "fuerza vital", se manifiesta en cada enfermo de una forma distinta, según sus características psicofísicas, y, por tal motivo, el remedio adecuado, aún para la misma manifestación, (por, ejemplo, una crisis asmática), puede que no sirva el mismo tratamiento en otro enfermo que presente la misma enfermedad.

El trastorno de la " Fuerza vital" se manifestará en primer lugar por síntomas mentales, posteriormente afectará a la función de los órganos y por último si su acción no se ha interrumpido en el momento oportuno ocasionará alteraciones orgánicas, primero serán reversibles y después irreversibles.

Así pues la función del homeópata no es separar patologías distinguiendo las enfermedades mentales de las funcionales y de las orgánicas y, dentro de estas las de diferentes órganos, sino considerar al enfermo como un todo psico-físico y saber ver en sus primeros síntomas mentales o comportamentales el trastorno primario que, si no se ataja a tiempo, dará origen a lo largo de su vida, a una serie de enfermedades (naturalmente, tal como está expuesto, se trata de un concepto resumido al máximo con multitud de matices y algunas excepciones)...

De todo lo expuesto se deduce que el diagnóstico homeopático no sigue los mismos pasos que el de la Medicina convencional: éste (el homeopático) se basa en los síntomas debidamente jerarquizados, y conlleva la elección del remedio, hasta tal punto de que no se dan nombre a las enfermedades, si no que se da al enfermo el nombre del remedio del que es tributario:

Es un enfermo sulfur, sepia, pulsatila, etc.

La jerarquización de los síntomas consiste en dar a cada uno de ellos el valor que le corresponde en orden a determinar el remedio adecuado (diagnóstico homeopático). Serán los más importantes, los síntomas mentales, que son los más cercanos a la causa de la enfermedad y también los más personales, por venir matizados por las características psíquicas del individuo. A continuación, por las funcionales, primer escalón en el trastorno progresivo del organismo. Y, por último, los orgánicos, los menos característicos, debido a que los tejidos tienen unas posibilidades de reacción muy limitadas y comunes a todos los tejidos de la misma naturaleza. Esto hace necesario que cuanto más común es el síntoma, más necesidad hay de individualizarlo, añadiéndole alguna característica propia de la forma de reaccionar del enfermo: modalidades. El conjunto de todos estos síntomas es lo que se llama totalidad característica, que debe ser la base para la individualización del enfermo.